

ESTÉBANEZ CALDERÓN, SERAFÍN (1799-1867)

ODAS ANACREÓNTICAS

INDICE:

ODA I

De mi canto

ODA II

La tarde

ODA III

La pesca

ODA IV

El naufragio

ODA V

El báquico deseo

ODA VI

La danza

ODA VII

El paseo

ODA VIII

Mi propósito

ODA IX

El faro

ODA X

La serenidad

ODA XI

El regalo

ODA XII

El retrato

ODA XIII
El encuentro feliz

ODA XIV
Las ilusiones del sueño

ODA XV
El amanecer

ODA XVI
La galera mora

ODA XVII
Las bODAs de Neptuno

ODA XVIII
Los peces

ODA XIX
La bella comparación

ODA XX
El certamen

ODA XXI
Amor y la tempestad

ODA XXII
La reflexión

ODA XXIII
Los pescadores

ODA XXIV
La nave

ODA XXV
Los juegos en el mar

ODA I

De mi canto

No canto coronado
de rojas amapolas
las flores que da el valle
en primavera hermosa;

ni pinto en fácil verso
las danzas de pastoras,
ni por la verde margen
vagar la mariposa.

Mi musa reclinada
en las marinas rocas,
canta del Ponto airado
las sirtes procelosas.

Celebra embebecida
cuál el Céfiro sopla,
moviendo dulcemente
las cristalinas ondas;

y dice en fin de Elisa
las gracias seductoras,
si en la orilla jugando
pierde las breves horas.

ODA II

La tarde

¡Qué fresco delicioso
corre por la marina,
y el pecho al blando influjo
con qué placer respira!

Sobre las claras aguas
salta la afable brisa
que en soplos apacibles
el verde azul agita.

El mar al fausto beso
en olas mil se riza,
y con leve murmullo
lame la hermosa orilla.

El Sol ya trasponiendo
por las opuestas cimas,
hiere con tibios rayos
las aguas cristalinas.

La luz se desvanece
en el movable prisma,
y entre hermosos colores
bandas de fuego brillan.

Los africanos montes
con rosadas neblinas,
en la región del Moro
se roban a mi vista.

La alegre paviota
allá en los aires gira,
y tras el pez dorado
veloz al mar se vibra.

Zabúllese trazando
mil ruedas cristalinas,
que entre insensibles sombras
se apagan cual la vida.

El ave sale ilesa
sobre las tersas linfas
meciéndose entre espuma
como pomposa isla.

El marinero canta,
remando en su barquilla,
sus sencillos amores,
sus redes y fatigas.

El ave de la noche
en las rocas vecinas
se angustia y se lamenta
con voces doloridas.

Del norte las tinieblas
a descender principian,
y entre pardos celajes
la Luna se divisa.

En tanto errante vaga

mi mente embebecida,
tras la imagen incierta
de mi esperada dicha.

¡Dicha infiel e inconstante
cual del abril los días,
engañososa cual sombra,
cual viento fugitiva!

ODA III

La pesca

Con una débil caña
y un sedal amarillo,
dél pendiente un anzuelo
pescar mi Elisa quiso.

Lanza el ardid al agua
y el cebo fementido,
para prender artera
los tristes pececillos.

¡Cuál era el ver los simples
de nácar revestidos,
rondar el corvo anzuelo
con delicados giros!

Uno se acerca alegre
del cebo al incentivo,
mas se retira huyendo
de la sombra del hilo.

Otro del manjar gusta,
mas vase fugitivo,
oyendo de las olas
el inquieto ruido.

Aquel sale bullendo
más goloso y festivo,
y otros peces le siguen
más dorados y lindos.

Del corvo hierro todos

se temen mil peligros,
y en torno van y vienen
trazando mil caminos.

Elisa en tanto observa
el ligero corchillo,
y la señal aguarda
de haber algún cautivo.

El corcho se sumerge,
ella tira con brío,
y por pez ¡cruda pena!
Sacó este motetillo:

«El mar ¡oh pescadora!
Hoy se burla contigo,
premio de la que engaña
a un amador sencillo».

ODA IV

El naufragio

¿Oyes, oyes, Elisa,
el repetido trueno
que forma el mar airado
las rocas combatiendo?

¿Oyes con qué rugidos
embravecido el viento
se encuentra y se rechaza
en giros contrapuestos?

Parece que la esfera
de los quicios eternos
se derroca al impulso
de estrepitoso fuego.

Mira pasar las nubes
con espantoso vuelo,
de siniestros colores
manchado el ancho cerco.

Mira cual se embravece

el turbio mar Tirreno,
queriendo enfurecido
tocar al firmamento.

Las olas levantando
los verdinegros cuellos,
se enroscan como sierpes
bramando en son horrendo.

Hierve el agua formando
mil montes gigantescos,
que se embisten y rompen
en subterráneo estruendo.

Una nave luchando
allá se ve a lo lejos,
que cruje a los embates
del airado elemento.

Su quilla ya cascada
y roto el mastelero,
sin dirección ni guía
toca al postrer momento.

Ya a los abismos baja,
ya sube hasta los cielos,
ya zozobra, ya anhela
ganar el salvo puerto.

Desesperados suben
los rancos marineros
a mástiles y entenas
para el último esfuerzo.

Pliegan las anchas velas,
lanzan el corvo hierro,
pican los altos palos,
timón aferran luego.

Mas ¡ah!, todo es en vano,
la nave ya sin freno
sigue el ímpetu horrible
del huracán soberbio.

Las olas la arrebatan,
y en remolinos fieros

la estrellan en los riscos,
con crujido tremendo.

El mar se cubre todo
de miserables restos,
y allá salen nadando
piloto y pasajeros.

Pero ¡oh dolor!, escucha
los lastimados ecos
que los náufragos tristes
arrancan de su pecho:

cual, fatigado lucha
por asir aquel leño;
cual, las salobres aguas
va a su pesar sorbiendo;

y el hado inexorable,
para mayor tormento,
hace morir al justo
y salva a los perversos.

La Luna llora en tanto
tan mísero suceso,
cubriendo el claro disco
de un enlutado velo:

y yo también absorto
amargo llanto vierto,
del cielo contemplando
los crueles decretos.

ODA V

El báquico deseo

Si el mar se convirtiese,
y toda su agua pura,
en el licor formado
del zumo de la uva,

cambiando sus cristales
en la rosada espuma

que el vino bullicioso
alza en las anchas cubas,

yo entonces me embarcara
en mi dorada fusta,
en cuya popa Baco
pintado está y las Musas:

con yedra entrelazara
la rica arboladura,
casando frescos lotos
con flámulas de púrpura:

las sienes me ciñera
con pámpanos y juncia,
y el címbalo agitara
como bacante furia:

de entre las rojas olas
mi ánfora profunda
llenara, y de mis labios
cayera siempre enjuta;

lanzara hacia los cielos
las linfas rubicundas,
con vino, así imitando
las más copiosas lluvias:

frenético rompiera
velas, timón y aguja,
para en el mar quedarme
y a tierra no ir ya nunca:

si el viento, a pesar mío,
con clemencia importuna
me impeliese al paisaje
de más gente y verdura,

abriera al mar mi quilla
con una aguda punta,
hundiéndome entre néctar
a las profundas grutas.

Más que vivir muriendo
entre maligna chusma,
al delicioso vino

quiero por dulce tumba.

ODA VI

La danza

Desnuda por donaire
su breve airosa planta,
del mar en las orillas
la mi Elisa danzaba:
el mar enamorado
al ver lindeza tanta,
quiso por reverencia
muy humilde besarla:
mas ella, que lo esquiva
tiene a blasón y gala,
con malignos desvíos
los besos desdeñaba.
Ya al plegarse las olas
gozosa se adelanta,
y se retira huyendo
si se estrellan y avanzan.
Ya en torno de la orilla
triscando Elisa vaga,
y de los blandos besos
siempre veloz se escapa.

¡Oh qué hermosa parece
si recoge la falda
huyendo que salpiquen
las transparentes aguas!
¡Oh qué bien que parecen!

¡Oh qué bien que resaltan
sobre sus pies nevados
mil venas azuladas!
Olas en tanto salen
de derretido ámbar,
que casi a los pies llegan
y nunca los alcanzan;
logrando borrar sólo,
en premio a tantas ansias,
de la movable arena
las huellas estampadas:

pero mi Elisa mira
una ligera barca
que al fugitivo viento
las velas desplegabá:
el mar a tal descuido
cobra nueva esperanza,
y líquidos cristales
hacia Elisa derrama:
parten, y a los pies llegan,
y con perlas los bañan,
quedando así la esquiva
a su pesar besada.

,

ODA VII

El paseo

¡Cómo sulca los mares
mi barquichuelo alegre!
¡Y cuál las verdes olas
le agitan y conmueven!

Gozosas le rodean,
saltando le acometen;
ya lo elevan, lo abisman
y lascivas te mecen.

En tanto yo gozando
de tan blandos vaivenes,
contemplo en nubes de oro
ceñirse el Occidente.

El sol desfallecido
de su carro desciende,
y abriéndose las aguas
en ellas se sumerge.

Los remos clara espuma
alzan al mar luciente,
mientras en torno bullen
los argentados peces.

Se esparcen cual rocío
gotas por el ambiente,

y remedan las lluvias
de los floridos meses.

Mas ¡oh cielos!, ¿qué es esto
que mi cabeza siente,
y que en mis turbios ojos
como niebla se extiende?

La orilla se me anda,
la alta ciudad se mueve,
y en presto giro ruedan
las bóvedas celestes.

La misma embriaguez pruebo
que aquel que vino bebe,
y las mismas angustias
del que ama mucho y teme.

La tierra de su asiento
fugárseme parece,
y temo navegante
quedarme para siempre.

A tierra, a tierra vuelvo,
no quiero mas bajeles,
ni flámulas pintadas,
ni jarcias ni trinquetes;

quiero sólo de rosas
coronadas mis sienas,
cantar desde la orilla
letrillas inocentes.

ODA VIII

Mi propósito

Atiende pues, Elisa,
cuál fuera el gusto mío,
si otra forma pudiese
tomar a mi capricho:
yo hiciera que mis miembros,
en agua convertidos,
cayesen sueltamente

en transparentes hilos;
y a mí, y al mar nos vieras
hacernos un ser mismo,
mas yo guardando siempre
mi amor y fiel instinto.
Sin duda tú abrasada
del caloroso estío,
buscaras anhelante
a tu ardor blando alivio;
y yo, y el mar afables
brindáramos rendidos
para tu dulce baño
un silencioso asilo;
y entre, tersos cristales,
bullicioso y festivo,
absorto yo aguardara
tu cuerpo peregrino.

¡Oh qué placer, qué gozo,
qué suave delirio
que tus pies me tocasen
tan desnudos y lindos!
¡Oh qué intensa alegría,
qué puro regocijo
besar, sin tú saberlo,
tus ocultos hechizos!
Mil círculos formara
con ámbitos distintos
que abrazaran tu cuello,
talle y seno divino:
loco te encadenara
con lumbrosos anillos,
fáciles en plegarse
a tu esquivo albedrío.

Pompas de cristal puro
formara fugitivo,
mil fósforos alzando
con vacilante brillo.
Tú así, como inocente
de mis juegos malignos,
desnuda te ostentaras
del transparente lino;
y viera enamorado,
y sin sufrir desvíos,
bellezas que envidiara

la misma flor de Gnido.
¡Ah Elisa! ¡Cuál las gracias
que ocultas imagino!
¡Y cuál sus lindas formas
sin verlas me las pinto!
Tu imagen se me muestra
ora entre mil prestigios,
y caigo enajenado
en plácido deliquio.

ODA IX

El faro

¡Cuál murmuran los mares
con grata mansedumbre,
lamiendo el pie a las rocas
que hasta los cielos suben!

La Luna y las estrellas
con vacilantes luces,
hieren las tersas aguas
formando mil vislumbres;
y el mar hermoso ornado
de mil visos azules,
con majestad retrata
la celestial techumbre.

Parece que en las aguas
mil diamantes relucen,
o que vivos luceros
aquí y allí se bullen.
¡Oh qué hermosos cambiantes!
¡Oh qué trémulas lumbres!
¡Qué fósforos fulgentes
brillan prestos y huyen!

La noche con su manto
al orbe entero cubre,
y su mágica calma
de mar a mar difunde.
El Faro en tanto gira
su máquina voluble,

y en derredor sus discos
encendidos discurren.
Su resplandor dirige
al navegante buque,
que ve la estéril playa
como una débil nube.

Los rayos a lo lejos
se lanzan y confunden,
y una faja, cual senda,
de fuego azul descubren.
Opuesta a la luz traza
la torre su alta cumbre,
y en colosal figura
su sombra en el mar hunde.
Con sus afables soplos,
el aura fresca y dulce,
en los tersos cristales
mil besos distribuye;
y atónitos mis labios
en cánticos prorrumpen,
Dictados gravemente
por mi celeste numen.

ODA X

La serenidad
¡Cómo ostentan los mares
sus olas azuladas,
y cuál muestran ufanos
sus transparentes aguas!

En tan tersos cristales
la mente embelesada
ve ilusa una llanura
de refulgente plata.

La unida superficie,
pura cual la luz clara,
descubre a los mortales
las húmidas estancias.

Las menudas arenas
fielmente se retratan,

luciendo cual granates
y finas esmeraldas.

De entre las verdes ovas
los pececillos saltan,
y en las diáfanas linfas
donosamente vagan.

De los rojos corales
allí se ve la planta,
y entre las rubias conchas
se ve nadar el ámbar.

La peregrina perla
en su mansión de nácar,
cual belleza inocente
se oculta avergonzada.

En los hondos abismos
la vista ansiosa alcanza
los restos miserables
de naves sepultadas;

restos que desparcidos
en la vecina playa,
con triste voz pregonan

nafragios y desgracias.

ODA XI

El regalo

Atiende pues, bien mío,
el donoso presente,
que por amor y gala
rendido he de ofrecerte.

Es un cándido globo
de cristal transparente,
que encierra en agua pura
dos pequeñuelos peces.

¡Si los vieras qué lindos

y qué airosos parecen
rebatiendo traviosos
sus colas relucientes!...

Sin duda el más hermoso,
que rojas manchas tiene,
del otro nacarado
es la esposa inocente.

Ella los blandos besos
recibe con desdenes,
y del amante huye
con crudas esquiveces.

Éste la sollicita,
la sigue tiernamente,
anhelante la halaga,
y en penas desfallece.

La amada (aunque en su pecho
la misma pasión siente)
le finge mil desvíos
y desprecios crueles;

hasta que al fin rendida,
la desdeñosa vuelve

cariños por cariños
más intensos y ardientes.

Ya enamorados nadan,
ya juegan y enloquecen,
ya entre espuma se fijan,
ya vivos se sumergen.

Se rondan embriagados,
en el placer se aduermen,
absortos se contemplan
y bésanse mil veces.

La imagen representan
de dos amantes fieles,
que en su delirio gozan
los más sabrosos bienes...

Galardón tan precioso

mis manos reverentes
te ofrecerán, bien mío,
si amante ya me fueres.

ODA XII

El retrato

Si quieres tus pinceles
hacerlos inmortales,
dibuja aqúeste cuadro,
oh pintor admirable.

Primero pon en tabla
un vistoso paisaje,
y que el mar cristalino
su hermosa costa bañe.

Pintarás a las aguas
tan puras, que retraten
del sol y de los cielos
las luces vacilantes.

Y luego para ornato
las voladoras naves
pondrás, como que surcan
los azulados mares.

Sus mástiles ostenten,
para mayor realce,
las flotantes banderas
meciéndose en los aires.

Y después a lo lejos
sonrosados celajes
finge con diestra mano,
haciendo mil cambiantes:

y si quieres tu cuadro
hacer inimitable,
decóralo pintando
en él mi hermosa amante.

La pintarás desnuda,

disponiendo su imagen,
cubierta de la aguas
hasta el airoso talle.

Sus dos cándidos pechos
tan blancos que arrebatan,
y en ellos pon dos rosas
que quieran desplegarse.

Y pinta (si a esto alcanzas
con tu exquisito arte)
el batir de su seno
cuando suspira y late.

Pondrás tanta dulzura
en su bello semblante,
que irresistiblemente
a un dios airado aplaque.

En derredor del cuello
las negras trenzas vaguen,
y harás de vivo fuego
sus ojos celestiales.

De un perfil breve y lindo
forma su boca amable,
y sus delgados labios
tiñe en color de sangre.

Sus brazos proporciona
con sin igual donaire,
que brinden blando lazo
al más tibio y cobarde.

En su albo cuerpo brillen
los húmidos cristales,
que en leves hilos caigan
cual lumbrosos diamantes.

Al través de las aguas
sus formas virginales
deja ver, vacilando,
entre sombras fugaces.

Y después representa
las marinas deidades,

que vengan reverentes
a rendirla homenaje.

En mil grupos y coros,
por último remate,
ponlas como ensayando
artificiosos bailes;

y a mí, desde la orilla,
también puedes pintarme
como adorando absorto
al retrato que saques.

Y al dar cabo a tu obra
haz de tu cuadro alarde,
pues será, cual yo he dicho,
de precio inestimable.

ODA XIII

El encuentro feliz

Ayer al ocultarse
el rubio dios de Delos,
tuve en la fresca orilla
este feliz encuentro.

Era un niño inocente,
del talante más bello,
con túnica a la griega
y armado a lo guerrero.

Estaba el cuitadillo
reclinado en el suelo,
y un hoyo por sus manos
afanoso había hecho;

y en él las puras aguas
del mar iba vertiendo,
con una blonda concha
que ostentaba contento.

Conocilo; quería
con anhelante empeño

sepultar a los mares,
¡cosa fácil por cierto!

Preguntele ¿quién eres?
«Amor, replicó luego,
que trabajo incesante
por dejar el mar seco;

pues parto a unas conquistas
a los líbicos reinos,
y no quiero embarcarme,
que el agua me da miedo».

Reime al escucharle
tan donoso embeleco,
y picado gritome:
«¿Te burlas? Tu proyecto

es más loco, pues quieres
olvidar a tu dueño,
y aunque esquiva, has de amarla
a pesar de ti mismo».

ODA XIV

Las ilusiones del sueño

Escucha los presagios
que en sueños me dio el cielo,
una vez que dormido
pensaba en ti, mi dueño.

En mi bajel de nácar
soñé te estaba viendo,
como surcando alegre
los piélagos inmensos.

Amor en el viaje
te era fiel marinero,
y con dos de sus dardos
remedaba los remos.

En torno de la nave
iban el mar hendiendo,

montadas en Delfines
las hijas de Nereo;

y los locos Tritones,
con humilde respeto,
saltaban a tu vista
por lograr tu contento.

A distancia se alzaba
brillando como fuego,
formado de cristales
un palacio el más bello.

Y no sé por qué hechizos
y ocultos sortilegios,
las inconstantes aguas
le eran firme cimiento;

pues él, del mar seguía
como flotante leño,
meciéndose suave,
el blando movimiento.

Yo en tanto su estructura,
del gusto más correcto,
y su planta elegante

observaba suspenso.

Con grandeza ostentaba
el pórtico soberbio,
corínticas columnas
de jaspe y mármol griego.

Los curiosos relieves
con oro sobrepuestos
brillaban vivamente
en los cóncavos techos.

Con madreperla y conchas
mil grupos arabescos
las bóvedas mostraban
con acabado esmero.

¡Qué mármoles se vían!
¡Qué entallados trofeos!

¡Qué estatuas torneadas!
¡Qué ricos paramentos!

Con proporción airosa
el más mullido lecho
bajo un dosel dorado
se alzaba allá en el centro.

Con pérsicas alfombras
noté que estaba hecho,
y de purpúreas telas
blandas cual muelle heno.

Eran de seda y oro
los lucientes arreos,
de cristal las pilastras,
y azul el sobrecielo.

Mil trémulos colores
la luz formaba, hiriendo
el trasparente estuco
del artesón excelso.

¡Oh qué iris tan fugaces
vagaban por el viento!
¡Qué ráfagas, qué rayos!
¡Qué vivos reverberos!

El mar sonaba en torno
con murmurar sereno,
con su diáfana espuma
sembrando el pavimento;

y una luz empapada
en delicioso fresco,
bañaba de ambrosía
el nupcial aposento.

Aquí del mar saltaste,
y con sumiso afecto
los peces te adoraban
asomando sus cuellos.

Los dioses entretanto
con grato acatamiento,
tan magnífico alcázar

humildes te ofrecieron.

Y Amor, que como niño
habla siempre el primero,
una arenga te hizo
con gracioso despejo.

En ella relataba
como el marino imperio
y el mando de las olas
te eran dadas en feudo;

y que en colmo a tu dicha
podrías partir el cetro,
uniéndote a tu amante
con feliz himeneo.

En esto ¡ay!, (al decirlo
se me traspasa el pecho)
Mi rival presentose
gozoso y placentero.

Conocile en sus garzos
ojos, y por lo suelto
de su flexible talle,
y en su galán aspecto.

Él asió de tu mano,
y con blandos requiebros
al tálamo dichoso
te agujaba sediento.

Con lascivo abandono
premiábasle sus ruegos,
y tú le requerías
con ademanes tiernos.

El placer en el punto
os cobijó su velo,
y en derredor giraba
vuestra ventura haciendo.

Al través del celaje
os vi un breve momento
confusas ya tus trenzas
con su anillado pelo.

En mil himnos los coros
entonces prorrumpieron,
y acordes resonaban
los armónicos ecos.

Con un cendal celeste
quiso vendarme Venus,
rogándome no viese
tu gloria y mis tormentos.

Mas yo esquivé su oferta,
y contemplé a su hijuelo
que se arrancó una pluma
de las alas riendo;

y con tinte de rosas
en un cándido lienzo
vuestras dulces caricias
veraz iba escribiendo;

y después por picarme,
con malicioso empeño
la suma me mostraba
que de ellas había hecho.

Conté, y por cada gota
que el mar tiene en su seno
cien ósculos ardientes
mi rival te había impreso;

y tú en pago le dieras
un abrazo y dos besos
por cada blonda hebra
de sus rubios cabellos.

ODA XV

El amanecer

Ya el alba en el oriente
sonriendo descorre
los transparentes velos
de la lóbrega noche.

Derrama en las esferas
sus cándidos fulgores,
y el mar pinta del cielo
los rojos pabellones.

¡Qué majestad sublime!
¡Qué grandeza, qué orden
sonda la ansiosa vista
do quiera que repose!

Aquí el delfín parece
con sentidos trasportes,
como a dar la alborada
a Febo cuando asome.

Allí saltan los peces,
y entre las ovas corren,
y bullen locamente
con fingidos temores.

En su ilusión los ojos
ven en el horizonte
juntarse mar y cielo
cual demarcando el orbe.

Entretanto Neptuno
sus imperios recorre,
y se avanza sentado
en su marino coche.

Es de coral y concha,
tirado de Tritones,
y el blanco, azul y rojo
ostenta por colores.

Las Ninfas le preceden
sonando caracoles,
y en derredor solaza
una turba de Dioses.

Al agua pura suben
los simples moradores
a ofrecer reverentes
a la deidad sus dones.

Se sacuden y escarchan
los húmidos licores,
cual copiosos diamantes
en brillantez conformes.

Entre los juncos nada
de los tristes Alciones
el nido, dulce fruto
de sus castos amores.

La tempestad al verlo
huye al oscuro Norte,
y el marinero experto
navega alegre entonces.

Allá en las altas mares
se ven embarcaciones
que el estrecho de Alcides
entre nubes trasponen.

Ya apunta el Sol, ¡qué visos!
¡Qué hermosos resplandores
los piélagos arrojan
y los cercanos montes!

El dios viene en su carro
de caballos veloces,
y su disco de oro
fijo en el cielo pone.

¡Oh qué ilusiones nuevas,
qué brillos, qué esplendores
miran ora los peces,
y contemplan los hombres!

ODA XVI

La galera mora

A cautivar hermosas
y buscando venganzas,
una galera mora
rondando está la playa.

El bizarro Albenzaide
cual adalid la manda,
árabe descendiente
de reyes de la Alhambra,

audaz en la ribera
con pie esforzado salta,
y en pos de él veloces
mil bravos desembarcan.

Llevan verdes turbantes,
con marlotas moradas,
y azules alquiceles
por más vistosa gala.

Cada cual en sus manos
muestra pica y adarga,
y del tahalí suspenden
tajantes cimitarras.

Oculto por las sombras
la infiel legión avanza,
y el brillo de la Luna
la senda le señala.

El cautiverio y muerte

siembra en su airada marcha
y todo en el camino
lo destruye y arrasa.

La acometida en tanto
con lumbres y humaradas
publican por la costa
las torres y atalayas.

A lo lejos se escucha
la ronca voz de alarma,
y el peón y el jinete
al choque se preparan.

Tras el pendón de Cristo
las huestes esforzadas,
tan graves como hermosas,
airosamente marchan.

Los guerreros cubiertos
se ven de dura malla,
guarnidos fuertemente
del casco y la coraza.

El vencedor Ramiro
preside las escuadras,
y la roja Cruz lleva
en su pecho estampada.

Vibra en su noble mano
la fulminante lanza,
y el flexible penacho
se mece en la celada.

En las primeras filas
brioso se adelanta,
y al moro más osado
de un recio golpe mata.

Los añafiles suenan,
truenan las roncadas cajas,
y las furiosas huestes
con denuedo se cargan.

La media luna cede,
y en sus ligeras lanchas
los feroces alarbes
a nado se reembarcan.

La roja sangre corre,
el duro suelo mancha,
y en tinto color tiñe
las transparentes aguas.

Ramiro tras los moros
sus bajeles asalta,
y allí con Albenzaide
renueva la batalla.

Mas pronto sin amparo,
roto el arnés, sin armas,
y acosado de muchos
rindió la fuerte espada.

Lo cargan de cadenas,

cruelmente lo atan,
y a Túnez da la vuelta
la mora galeaza;

y mientras, en la orilla
con triste disonancia,
lloran una victoria
a tal precio comprada.

ODA XVII

Las bodas de Neptuno

Al celebrar sus bodas
Neptuno y Anfitrite,
el niño de las flechas
estuvo en los festines.

Eran dioses y ninfas
todos los del convite,
y el vino lo escanciaban
los hermosos Delfines.

Las Sirenas se oían
en coros apacibles,
y en derredor triscaban
los Nereidas felices.

Se entonaron mil himnos,
dulces motes y brindis,
y amor solo en la bulla
lloroso estaba y triste.

Sin duda se acordaba
de su adorada Psiquis,
y sus ojos vertían
líquidos ametistes.

Un Tritón entre tantos
más atrevido y libre
lo burló, pero pronto
tuvo que arrepentirse.

Toma una ebúrnea copa,

y en el licor exprime
de las letales yerbas
que al labio bien no dicen.

Al Amor luego alegre
que beba pide humilde;
el dios bebe, y al punto
el amargor percibe:

frunce de rabia el gesto,
da mil gritos horribles,
y de su boca el néctar
espumando despide.

Vacía en el mar la copa,
y airado le maldice,
y suplica a los cielos
que no sufran tal crimen.

Su queja fue admitida,
y Júpiter terrible
mudó las claras linfas
en las salobres sirtes.

Desde entonces las aguas

del mar son insufribles,
y punzan en los labios
con amargo salitre.

ODA XVIII

Los peces

Cual numeroso pueblo
que emigra a otras regiones,
los fugitivos peces
el verde mar recorren.

Como una densa nube
caminan, y veloces
el pendón y caudillo
siguen en grato orden.

Forman mil laberintos,
mil giros, y discordes
toman diversas sendas
y marcha y filas rompen.

Ya otra vez se concitan,
de nuevo huyen, se esconden,
bésanse, y se acometen
con sus febles arpones.

Agitan en sus juegos
con tibios resplandores
el agua, y cada gota
bulle mil vivos soles.

¡Qué matices ostentan
sus colas! ¡Qué colores
sus cuellos! Y sus pechos
¡qué manchas y arreboles!

Ora los cuitadillos
solazan, y ora inmóviles
se muestran, y de pronto
se zabullen y corren.

¡Qué festivos se halagan
con donosos amores!
¡Cuál palpitan de gozo
sus fieles corazones!

Dichosos pececillos,
plegue a los altos dioses
líbraros de las redes
de crueles pescadores;

y que vuestras esposas
en paz feliz desoven,
entre juncos y algas
sin pérfidos temores.

ODA XIX

La bella comparación

¿Qué símil, qué retrato
de la mujer variable,
creó naturaleza
en lo infiel e inconstante?

¿Y quién de la mudanza
no ve la viva imagen
en una mujer bella
y en los azules mares?

El mar, que placentero
ya con mil besos lame
reverente la orilla,
y luego se retrae.

Ya inquieto, un sordo trueno
en los abismos hace,
apenas reprimiendo
su indómito coraje.

Ya airado se levanta
turbio y feroz, y bate
las playas, y mil tumbas
entre sus olas abre.

Ora apacible y manso
mueve la frágil nave,
como a las tiernas flores
mece sereno el aire.

Ora audaz con sus ondas
soberbio la combate,
y a los someros riscos
impélela a estrellarse.

Verás manchar en cieno
sus hermosos cristales,
o en un verde sombrío
sus azules brillantes.

Verasle ya en sus linfas
las luces agradables
de los fúlgidos astros
retratar vacilante,

y trazar de los peces

los giros más fugaces,
borrándolos al punto
con bullir incesante.

Formar mil hondos surcos
y vértigos verasle,
y en una ancha llanura
al punto transformarse.

Ya en su calma convida
de nuevo al navegante,
prometiéndome en su aspecto
el más feliz viaje.

Ora truena soberbio,
ora susurra afable,
ora es manso, ora inquieto,
pero jamás constante.

¡Ah Elisa! Sin pensarlo
tu retrato indudable
saqué, cuando pintaba
la imagen de los mares.

Tú me esquivas y huyes
para luego llamarme;
ya libre me convidas,
ya te finges cobarde.

Primero me aborreces
para luego adorarme,
y en tu amor, cual las aguas,
eres siempre inconstante.

ODA XX

El certamen

Cumpliéndome que era
el más veloz remero,
quiso ver mi adorada
mi destreza y denuedo;
y sentada en un risco
de rojo coral hecho,

al que llegase a ella,
prometió dar un beso.

Mi rival y yo al punto
emulamos tal premio,
y cada cual su esquife
aparejó risueño.
Iba yo coronado
de jazmines modestos,
y de juncias y sauces
orné mi mastelero.

Mas mi rival, cual joven
amante y satisfecho,
ciñó su sien de rosas
y arrayanes de Venus.

Luego el amor (que es siempre
el juez en estos juegos)
sonó una caracola,
clarín de marineros.

A este aviso tendimos
los brazos a los remos,
con ímpetu cortando
el verde mar con ellos.

Desesperadamente
remábamos contentos,
y en ronco son se oía
como aquejarse el pecho.

¡Cuál era nuestra ira
por no volar! ¡Qué esfuerzo
prestábamos al barco
las aguas sacudiendo!

¡Qué emulación, qué gloria
por ser el delantero!
¡Qué dicha conquistando
tal triunfo y vencimiento!

Su palma la victoria
al ver igual empeño
quiso partir, de lauro
ornando nuestros cuellos;

pero yo enfurecido,
en vivo fuego hirviendo,
pasé de mi enemigo
el barco placentero.

Al anhelado risco
loco de gozo llego,
y al querer saltar, caigo
sin tino al mar soberbio.
Mi rival mientras arriba,
me mira sonriendo,
requebró a mi adorada
y se ganó mi beso.

ODA XXI

Amor y la tempestad

Queriendo yo embarcarme
en las playas vecinas,
un pescador muchacho
me ofreció su barquilla.

Era de hermoso talle,

de cara la más linda,
y en sus ojos saltaban
las bullentes pupilas.

Yo al verle tan donoso
besele en la mejilla,
y admití reverente
su súplica rendida.

Embarqueme, y al punto
él remó tan de prisa,
que a poco entre celajes
despareció la orilla.

Yo en tanto cauteloso
por entre sus ropillas
columbrele dos flechas
en un carcax sumidas;

y de unas ricas plumas,
azules y amarillas,
dos alas le vi airosas
que en sus hombros batían.

Éste es Amor, me dije,
y con malvada risa
el rapaz se gozaba
de su burla maligna.

«Amor, me dijo, soy;
vas a probar mis iras,
sufriendo en estos mares
las tempestades mías».

Dijo, y a sus palabras
los mares se concitan,
las nubes se aglomeran,
y el Noto airado silba.

¡Oh qué cárdenas luces
y relámpagos brillan!
¡Oh qué llamas y rayos
la alta techumbre vibra!

Ya toca allá en los astros
la nao su popa altiva,
ya en las hondas cavernas
sepúltase abatida.

El velamen se rompe,
la entena se desquicia,
y con las turbias olas
tiembla la débil quilla.

Con vaivenes tan recios
entúrbiase mi vista,
y sienten peso grave
mis sienes doloridas.

Reclino mi cabeza,
mas con cruda malicia
tan delgado consuelo
aleve el dios me quita;

pues con sus albas manos

la barca sacudía,
colmando así mi pecho
de angustias y fatigas.

¡Oh qué gozo era el suyo
al ver mis tristes cuitas!
¡Oh como me increpaba
la embriaguez que sentía!

En mis lívidos labios
brotaba amargo acíbar,
y el pecho me saltaba,
temblando mis rodillas.

En huracán tan recio
mi mente embebecida
siempre esperanza tuvo
que amor fuese su guía;

mas el traidor de pronto
dejó mi navecilla,
rompiendo el timón antes
para mayor desdicha.

De entonces vago iluso
a la merced esquiva,
del huracán terrible
de amor y de sus iras.

ODA XXII

La reflexión

Mira, sensible Elisa,
en los mares profundos
el mismo mal y angustia
que el cielo al hombre impuso.

Cruel naturaleza
maligno placer tuvo
en derramar do quiera
muerte, dolor y luto.

No hallarás en los peces

el dulce amor, los gustos,
que en seres tan sencillos
creyó tu pecho iluso:

que los verdes palacios
no son, mi bien, más puros
que las altas moradas
de jaspe y rico estuco.

Cual los hombres, se odian,
se dañan furibundos;
los fuertes son tiranos,
el débil sufre el yugo.

Todos llevan pacientes
el más grave infortunio,
si a otro más flaco logran
esclavizar injustos.

Al contemplar, bien mío,
tan triste cuadro, dudo
que la virtud y dicha
se encuentren en el mundo.

Mira en prueba siguiendo
el horrendo tiburón

a la infeliz dorada,
de clemencia desnudo.

Allá va la ballena,
despiadado verdugo
del pez que airada encuentra
en su rápido curso.

Y el pescador a poco
hiere al inmenso bruto,
abriendo su ancho seno
con el arpón agudo.

Focas allí y delfines
en coléricos grupos,
se embisten y batallan,
de humana lid trasunto.

Todos, todos se oprimen,

y en mi amargura juzgo
que al mal todos caminan
por encontrados rumbos.

¿Mas quién necio se asombra
de tanto mal? ¿Qué mucho
que quieran devorarse
los hijos de Neptuno?

El cielo imprimió al orbe
irresistible impulso,
y arrebatados todos
siguen tan ciego influjo;

y aunque horribles cayesen
millares de diluvios,
el mal reinará en todo,
y el bien huirá cual humo.

Nuestros pechos se hielan
con cuadros tan impuros,
y tiemblan cual al viento
las hojas del arbusto.

Ven pues, oh dulce Elisa,
descansaremos juntos
bajo estas altas rocas,
revestidas de musgo.

Huyamos, que en la orilla
mi esquiñe tengo surto,
a unos riscos sujeto,
con retorcidos juncos.

Busquemos los placeres,
huyamos los disgustos,
que el agua aquí convida
con su grato murmurio.

Y al sueño pagaremos
el más dulce tributo,
sellando tú mis labios,
y yo, mi bien, los tuyos.

ODA XXIII

Los pescadores

Meciéndose en las velas
el ligero Favonio,
el pescador esquife
parte a tender el copo:

hiende las claras olas,
y en giro el más vistoso
deslízase en la espalda
del azulado Ponto.

Sacuden los remeros
tersas pompas y globos,
luciendo entre la espuma
mil rubís y abalorios.

La endurecida gente
con gritos de alborozo,
las redes y las nasas
cala en el turbio fondo.

Nueva chusma en la orilla
do bate el mar sonoro,
a tan cruel faena
presta mutuo socorro.

Arrastran de las redes
doblado el duro dorso,
el pie firme en la arena,
bajo el tostado rostro.

Brota en la sien ardiente
el afanoso lloro,
y en fresco lo trasforma
el viento con sus soplos.

Doblan las luengas cuerdas
en enroscados rollos,
y así el copo se acerca
lleno de ardid y dolo.

Encima de las olas

nadan los leves corchos,
y el ámbito señalan
do hace la red sus robos.

Destruye en su carrera
del pez el nido ovoso,
sus placeres y estancias
con implacable enojo.

Los crueles pescadores
con alaridos roncocos
anuncian ya las redes
gritando en alto coro.

En dos bandos se avanzan,
y con terrible encono
hieren endurecidos
al pez lleno de asombro.

Allí tristes palpitan
los presos lastimosos,
entre juncos y cañas
y marinos tesoros.

En roja sangre tiñen
sus doloridos ojos,
y saltan las escamas
cual láminas de oro.

Ora inquietos se mueven,
y luego en abandono
esperan que les abra
la muerte el triste orco.

Su brillantez empañan
la arena y negro polvo,
y pesarosos mueren
sin gala y sin adorno.

Su bullir incesante
forma un murmullo sordo,
do percibe el oído
lágrimas y sollozos.

En mil ricos rimeros
los dividen entorno,

do brilla la dorada
y el purpurino ostro.

El sol los ilumina
con mil cambiantes rojos,
formando azules visos
desde su excelso trono.

Los pescadores parten
los sangrientos despojos,
retirando el esquife
del cristalino golfo.

Y después en un bosque
de palmas y altos chopos,
prueban en blando sueño
el más dulce reposo.

ODA XXIV

La nave

Allá en aquella orilla,
de céspedes cubierta,
los roncros marineros
gigante nao carenan.

En bronce tachonada
la fuerte quilla muestra,
y la redonda popa
ornada ya se ostenta.

El incesante golpe
del martillo resuena,
y el eco lo repite
con pausada cadencia.

Los encorvados leños
se embuten y sujetan,
y los largos costados
bañan de hirviente brea.

Los mástiles se alzan,
colócase la entena,

y flotan en los aires
las jarcias y banderas.

Ya el rayo en el alcázar
con feroz traza asestan,
ya en el mar cristalino
lanzan la nao serena.

Con majestad al viento
tiende sus anchas velas,
y con sosiego hiende
la superficie tersa.

Borrascas la amenazan,
el huracán la espera,
ella empero camina
de susto siempre exenta.

Los vientos la dirigen,
a puros soplos vuela,
y por fuerte cimienta
delgadas tablas cuenta.

Tras esperanzas corre,
sigue su rumbo incierta,
y en pos va de tesoros
y de orientales perlas.

Por un tejo de plata
trocará su inocencia,
y adquirirá más vicios,
ninguna virtud nueva.

Después de mil peligros
y fortunas adversas,
retornará a estas playas
colmada de riquezas.

Gócelas sin envidia
si puede, y placentera
a más luengos viajes
apréstese contenta.

Que yo por mí, más quiero
hollar esta pradera
con pie seguro y cierto

siguiendo a mis ovejas:

más quiero coger flores,
y ornar tu cabellera
de lirios inocentes
y puras azucenas.

ODA XXV

Los juegos en el mar

Oye, Elisa, en la orilla
el festejo y bullicio
del pueblo que se entrega
al fasto regocijo.

Se embarca placentero,
y hendiendo el mar tranquilo,
forma en ligeras barcas
un anchuroso circo.

La luna entre las ondas
del céfiro al supiro
riza la tez serena
entre esplendores tibios.

En medio se levantan,
como flotantes pinos,
dos árboles pomposos
en pólvora embutidos.

De mimbre y frágil caña
difícil laberinto
muestran, con los colores
más vistosos y lindos.

Mil faroles pintados
con graciosos caprichos,
dejan ver relumbrando
tan galán atavío.

Allí infernal salitre
con mil nudos y anillos,
cede dócil al arte

su infausto poderío;

y una ingeniosa mano,
cual con oculto hechizo,
hace que al placer sirva
su llama y fuego activo.

Ya nuncio de la fiesta
en prolongado silbo
parte el raudo cohete,
con reluciente giro.

Una ráfaga hermosa
señala su camino,
y entre el azul estalla
con sonoro estampido.

Otros mil revolando
con recamado brillo,
remedan entre llamas
los celestiales signos.

Unos se arden y truenan,
y bajan desprendidos
en mil sierpes de oro,
o en mil lumbrosos hilos.

Otros se abren, y sueltan
cual copiosos racimos,
flores las más hermosas
en ramos encendidos;

y el mar, reverberando
tanta luz, cristalino,
en cada gota bulle
un rojo sol de estío.

En tanto allí se agitan
en prestos remolinos
mil círculos de llamas,
con alegres tronidos.

Relucen cual coronas,
y en sus ardientes discos
ruedan fúlgidos rayos
entre azul y amarillo.

Mas ya un fuego volante,
de hábil mano impelido,
prende el vistoso incendio
al mágico artificio.

Una descarga anuncia
con eco repetido,
que el indómito azufre
rompe sus febles grillos;

y las llamas alzando
su ardiente señorío
los ámbitos dibujan
de dos bellos castillos.

Beben la luz los ojos,
viendo entre mil prestigios
las torres y murallas
de un gótico edificio.

Banderas y trofeos
y despojos moriscos,
con ágatas adornan
los altos frontispicios;

y columnas ardiendo
cual de pórvido egipcio,
trazan las galerías
entre adornos corintios.

Pirámides de oro
allí abrasarse admiro,
y allá contemplo arderse
grandiosos obeliscos.

¡Qué templos aparecen!
¡Qué pensiles asirios!
¡Qué pagodas, qué grutas!
¡Qué arcadas y qué asilos!

La luz cierne sus rayos
en el prisma marino,
robando al arco iris
su hermoso colorido.

Otras descargas suenan,
y brillan de improviso
los jardines y huertos
de Hespérides floridos.

Los árboles de fuego
en cien bosques distintos,
de oro y azul las hojas,
mecen la copa erguidos.

Allá ostentan su fruto
los plátanos del Indo,
y allí toronjas de oro
los naranjos y cidros.

Por flores en las ramas
mece el viento festivo
corolas de diamantes
o piñas de zafiros.

¡Oh qué ilusiones nuevas!
¡Qué carmines, qué visos
prestan su faz de rosa
al cielo y mar vecino!

Ora el fuego cual agua
se lanza fugitivo
por las fingidas fuentes
de una Venus o Io.

Ora en raudales cae,
y en murmurar contino
llena hermosos estanques
con rubís derretidos.

Allá corre entre olas,
y cual soberbio río
se despeña en cascadas
por inflamados riscos.

Crece el vistoso incendio,
y en hondos precipicios
las olas se sumergen
yendo al eterno olvido.

Se esparcen por los aires

raudales de jacintos,
empapándose el éter
de un brillante rocío.

Parece que el sol corre
los húmidos dominios,
iluminando al agua
con sus fúlgidos tiros.

La boreal aurora
en el glacial recinto
hiriendo al blanco hielo
no da claror más limpio.

Salvas y salvas suenan,
y de su débil quicio
salta el papel pintado
con garulo estallido.

Guirnaldas se desprenden
de roja rosa y lirios,
volando leves copos
cual ricos vellocinos.

Llueven granos de fuego,
y cual en terso vidrio
ruedan sobre la espuma
los globos transparinos.

Pompas y lumbres vuelan,
arde el azul vacío,
y pírnicos florones
deshoja el viento esquivo.

¡Qué cifras se dibujan!
¡Qué blasones tan ricos!
¡Qué adargas, qué preseas!
¡Qué orientales prodigios!

Arden hermosas palmas,
y de inflamado mirto
se estampan con centellas
los palacios de Chipro.

Los celajes ligeros
se visten purpurinos

del color y plumaje
del ave paraíso.

Y el ópalo y el nácar
en piropos fundidos,
dan el barniz más puro
al vapor fugitivo.

De pronto allá en la cumbre
del pabellón ardido
se muestra entre más fuego
un bello paraninfo.

Bate las lindas alas,
y en ademán divino
despliega con sus manos
un manto Real de armiños.

Allí en luz, transparente
se ve en arte exquisito
De la Corona Hispana
el timbre esclarecido.

Castillos y leones,
y en medio un cerco fijo,
con blancas azucenas

de honor y gloria signo.

La heráldica divisa
dejaba ver escritos
entre cifras y orlas
este celeste aviso:

«La Hebe de las Reinas,
la hermosa flor de Gnido,
la esposa de Fernando,
de Hesperia astro benigno,
deslaza la sortija

del castísimo cinto,
hirviendo ya en su seno
con maternal cariño».
A tal nueva en la turba

con bulliciosos gritos,

mil plácemes y dichas
se daban de amoridos;
que en el dichoso fruto,
alcanza el fiel instinto
el sello de ventura

de dos orbes unidos;
y en la progenie hermosa
de Carlos y Filipo,
las glorias y los triunfos
de Alfonsos y Ramiros.

Mientras, la fiesta sigue,
y en desigual sonido
los vocingleros fuegos
dan más gozo y delirio.

Parece cristal puro
el estrellado Olimpo,
reverberando auroras
de hogueras mil herido.

Las marinas deidades
dejando el verde abismo,
sobre el agua solazan
depuesto el ceño altivo.

Y yo absorto en la orilla
cuadro tan bello pinto,
de lealtad inflamado
también el pecho mío.

FIN